

Prólogo

Sucedió más o menos de esta forma.

Darío Magnelli, el célebre párroco de Calcata, avanzó a tientas en la oscuridad. Tropezó con una zapatilla de andar por casa y arremetió contra lo primero que encontró, un óleo de la Virgen con el Niño que había comprado en un mercadillo de Roma. Se agarró al maltrecho marco de madera y arrancó la obra de arte de la pared.

Se desplomó de lado, golpeando su cadera de ochenta y dos años contra el duro suelo.

Oyó el chasquido del cierre de la ventana del despacho y sus peores temores se confirmaron.

El anciano se quedó inmóvil, dando grandes bocanadas de aire. «El Señor es mi pastor; nada me falta», salmodió para sí. Apoyó el codo desnudo en una baldosa y se incorporó con dificultad. Afiló los ojos en busca de luz, pero allí sólo había tinieblas.

—¿Quién anda ahí?

El silencio reinó en la noche italiana.

Magnelli gateó unos metros en la penumbra, se apoyó en el marco de la puerta y, con gran esfuerzo, se puso en pie. Se frotó la cadera y, a tientas, buscó su bastón. Era una pieza legendaria entre sus feligreses, elaborada en madera de haya negra, con pun-

tera cónica de goma y puño de alpaca plateada con grabados de lazos.

Las bisagras de la ventana del despacho chirriaron justo cuando alcanzó el bastón. Magnelli se quedó sin aire.

«Algún día ocurriría, algún día tenía que ocurrir. Han venido a por él», concluyó. Se armó de valor, pensó en su dura juventud durante la revolución fascista de Mussolini, los horrores de la República Social y la guerra contra los anglosajones. Los años de plomo, el asesinato de Aldo Moro y la llegada de los liberales. Había sobrevivido a la terrible historia de Italia y Dios no iba a permitir que muriera con nocturnidad y alevosía.

No después de haber sido el más fiel custodio.

Estrujó el puño de alpaca plateada de su bastón y entró con decisión en el despacho.

La luna derramaba una luz prístina sobre su escritorio, donde el último cuaderno de sus diarios yacía abierto junto a un elegante bolígrafo negro fabricado en Jerusalén. El resto de la sala estaba en penumbra y Magnelli lamentó no haberse puesto las gafas.

Observó un lado y otro del despacho, hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz. Entonces lo vio.

—No debería estar aquí —dijo el hombre. Su acento era latino.

—¿Qué hace en mi casa? ¡Márchese ahora mismo!

—¿Dónde está? ¿Dónde lo ha escondido?

—No sé de qué me habla —balbució Magnelli. El puño del bastón estaba resbaladizo por el sudor.

—No le creo.

El extraño avanzó un paso y su silueta se recortó contra la luz de la luna. Sus ojos brillaron como si fueran de vidrio negro. Era un varón fuerte aunque no musculoso.

—Hace años usted robó algo y sus verdaderos dueños quieren recuperarlo.

«Dios mío, ¿cómo puede saberlo?». El padre Magnelli dio un paso hacia delante. La presbicia le impidió enfocar bien de cerca,

así que no pudo distinguir con claridad el rostro del desconocido. Oyó un chasquido y vio un destello, parecía una gran navaja automática como las que utilizaban los matones de la Mafia en sus crímenes más horribles.

—Dígame dónde lo escondió y no tendré que matarle.

Magnelli se quedó sin aire, inmóvil.

La navaja apuntó hacia su barriga. El hombre llevaba guantes.

El párroco levantó el bastón de forma instintiva, interponiendo la madera de haya entre su cuerpo y el del desconocido.

—Nunca lo encontrará —gimió Magnelli.

—Me dijeron que mentiría.

—¿Quién se lo dijo?

El extraño pareció sonreír y sus dientes destellaron en las tinieblas. Su aliento hedía a tabaco negro.

—La verdad, no lo sé —afirmó.

«Nada me produce más alegría que oír que mis hijos practican la verdad», recordó Magnelli. El versículo 14 de la tercera epístola de Juan a Gayo, un cristiano íntegro a quien el apóstol alababa por la manera de tratar a sus hermanos. Aunque también le advertía sobre personas como Diótrefes, ambicioso líder de otra iglesia, cuya mala conducta no debía imitarse.

—¿Dónde está? —insistió el desconocido.

Magnelli era un buen párroco y así lo reconocían sus feligreses. Un clérigo tranquilo y amable, generoso en sus consejos, paciente y caritativo. Pero la situación era grave. Gravísima.

Y él ya había pecado otras veces.

—*Regina Cæli, lætare, alleluia* —murmuró el extraño.

Magnelli tomó aire y alzó el bastón con las escasas fuerzas que su anciano cuerpo retenía, decidido a espantar a su agresor violando el Quinto Mandamiento. «Dios, perdóname porque he pecado», murmuró mientras el bastón descendía.

El desconocido se echó hacia atrás de un salto y el bastón cortó el aire con un siseo.

—*Quia quem meruisti portare, alleluia...* ¡Rayos!

Antes de que pudiera recuperarse, el costado de Magnelli ardió.

El párroco soltó el bastón, que se estampó contra el suelo. Se llevó las angulosas manos a la herida. Una sangre cálida y espesa resbaló entre sus dedos. Cerró los ojos y cayó de rodillas. El agresor inspiró varias veces con fuerza.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Nunca lo encontrará. Esa es la verdad.

Magnelli se miró las manos y comprobó que allí no había agua, sólo un fluido viscoso y negro. Pensó en el desconocido soldado romano que clavó una lanza en el costado de Jesucristo. Y recorrió la majestuosa estatua de Longinos, nombre que los evangelios apócrifos dieron al soldado, tallada en mármol por Bernini. Era una mole de cuatro metros y medio que se hallaba en el Vaticano.

El párroco le ofreció su mejilla al agresor, que era casi tan grande como Longinos.

—Perdono tu ofensa.

—*Ora pro nobis.*

El desconocido limpió la hoja de la navaja en el pijama del sacerdote y después la cerró. Masculló una maldición, trepó al escritorio y desapareció a través de la ventana. El eco de sus pasos sobre la calle empedrada llegó nítido hasta Magnelli.

«¿Por qué rezaba una antífona mariana?».

El párroco intentó incorporarse, pero no halló fuerzas. Un arroyo de fuego nacía de su costado. Se apoyó en una mano y con la otra taponó la herida. Había visto a campesinos morir por la infección del pequeño corte de una hoz.

«No deben encontrarlo», se dijo.

Con un terrible esfuerzo, conteniendo el dolor, se arrastró por el suelo hacia la librería de su despacho. «Tengo que protegerlo. La verdad no debe salir a la luz», murmuró.

Las campanas de la iglesia del Santísimo Nombre de Jesús dieron las cuatro. Y Magnelli pensó que iba a morir.

1

Félix Cervantes se despertó de inmediato.

Unas campanas resonaron con paciencia. Oyó seis toques y, de improviso, su primer pensamiento fue para las croquetas de jamón de su madre. Desayunar croquetas era un viejo sueño por cumplir. Algún día, quizás.

Cervantes se removió entre las sábanas como un león marino, parpadeó y se preguntó dónde estaba. La pálida luz del amanecer se derramaba entre las rendijas de las cortinas polvorientas de una fea habitación de hotel. Creyó comprender su lugar en el mundo, aunque le molestó la ausencia de un gran avance de la civilización moderna: las persianas.

Las campanadas de la catedral de Santa María la Mayor enmudecieron.

El profesor echó un vistazo a las cortinas rojas con bordados dorados, el horrible óleo floral sobre el cabecero de la cama y la pesada mesilla de madera barnizada. Sobre ella descansaba su manoseado ejemplar del *Decamerón* de Boccaccio. Recordó haberse dormido leyendo una de las historias de amor desgraciado de la cuarta jornada.

Despegó la lengua del paladar, caviló acerca de su sempiterna soledad, se sentó en el borde de la cama y comprobó que el te-

jido adiposo que rodeaba su vientre seguía allí. Agarró una buena cantidad de grasa y se resignó. Un apetito pantagruélico y el estrés pasaban factura en su cuerpo. Se sintió demasiado viejo como para una aventura. Necesitaba un café para rejuvenecer. Doble. Lo antes posible.

Decidido a mejorar su estado físico, se vistió con un ceñido pantalón de correr, una camiseta blanca y se calzó sus zapatillas de marca japonesa. Le habían costado una fortuna, más de ciento cincuenta euros. Tras mucho deliberar, ingentes lecturas de blogs de internet, comentarios positivos de sus conocidos a través de las redes sociales y de luchar contra las más rocambolescas excusas, estaba dispuesto a hacer deporte.

Una vez preparado, echó un rápido vistazo a la agenda que la agencia de viajes le entregó al principio de su aventura italiana. Alborozado, comprobó que ese día visitaría Calcata, un bello pueblo medieval alojado en lo alto de un vertiginoso cerro. Allí tenía previsto un almuerzo con el célebre párroco Darío Magnelli. Lo había conseguido a través de un viejo compañero de facultad que ahora trabajaba en Roma, Jesús Pasamonte.

Salió motivado del hotel, un palacio de piedra en pleno corazón del casco histórico de Civita Castellana. Activó el cronómetro de su Viceroy de acero, que pesaba como el demonio y, durante media hora, se dedicó al denominado trote de cochino, el ritmo máximo que podía alcanzar dado su estado de forma.

Primero correteó por el centro de la villa, con sus casas de piedra encalada y pavimento de adoquín, después en torno al Fuerte Sangallo, construido por el papa Alejandro VI, el Borgia español, y después por la estrecha carretera que pendía sobre el profundo y neblinoso valle. Adelantó a una furgoneta blanca que petardeaba por la calzada.

«Si me viera ahora esa panda de lamentables miembros del claustro... Necesito un café, pero me comería unas croquetas».

Se obligó a dejar de lado sus pequeñas miserias como profesor de secundaria en el instituto de un barrio conflictivo y se concen-

tró en disfrutar del bello paisaje italiano, tan distinto y alejado de la espantosa metrópoli que era Madrid. Tenía otras preocupaciones más apremiantes.

Por ejemplo, un asunto que le inquietaba desde la noche anterior: el arca de la alianza. Ojeando su muro de Facebook antes de dormir se había cruzado, por casualidad, con un interesante artículo sobre este particular. Al parecer, en la catedral de Amberes, una ciudad flamenca, existía una interesante versión rococó del arca. Una mala fotografía de dicha pieza ilustraba la información que leyó al respecto. Según la leyenda bíblica, el cofre original tenía milenios de historia, contenía las supuestas tablas de la ley y era un símbolo de la presencia de Dios en la tierra, entre otras cosas.

El arca fue muy viajera. Después de una peripecia bíblica dentro del tabernáculo, terminó en el sanctasanctorum del Templo de Salomón, en Jerusalén. Allí permaneció hasta unos días antes de la visita del rey Nabucodonosor II, que pegó fuego a todo lo inflamable de la ciudad y se llevó cuanto era transportable. El profeta Jeremías, alertado por Dios del inminente ataque, escondió el arca en una cueva secreta de un monte que algunos identificaban con el Nebo. Nadie la había vuelto a ver.

El baúl de oro era fuente de las más disparatadas investigaciones, peregrinas teorías y enredadas ficciones. Incluso el conocido personaje Indiana Jones tenía una película al respecto.

En cualquier caso, el asunto más interesante del artículo, publicado en una web llamada catscience.org, era otro. Un equipo de investigadores israelíes, en colaboración con la Universidad de Nagoya (Japón), capitaneaba un proyecto para explorar un pozo natural encontrado en el monte Nebo. El plan era sorprendente. Pretendían utilizar muones, unas partículas elementales de alta energía generadas cuando los rayos cósmicos colisionan con la atmósfera, para explorar las entrañas de la montaña sin mover ni una palada de tierra.

Los muones penetran en la roca a gran profundidad, pero son absorbidos a diferentes velocidades en función de la densidad de la

pedra que encuentran a su paso. Cuando atraviesan una masa mayor, menos muones llegan a los sensores. Era un asunto denso de comprender, pero lógico. O eso creía.

El equipo destinado en Israel planeaba introducir un emisor robotizado de partículas en el interior del pozo y colocar detectores en el perímetro delimitado por la falda de la montaña. De esta manera, los expertos podrían localizar la existencia o no de la supuesta cueva donde Jeremías escondió el arca. El corolario del texto hacía referencia a la necesaria colaboración entre la ciencia y la religión para alcanzar la misma verdad.

Esta afirmación era la fuente de inquietud de Cervantes, que decidió apretar el paso para evitar semejante desatino.

Cuando volvió al hotel, empapado en sudor y con un terrible flato, sumido en una preocupación un poco etérea, se olvidó de hacer estiramientos musculares y fue directo a la ducha. Agradeció el agua helada, anheló el sabor amargo del café y se vistió con el uniforme de turista. Reglamentarios pantalones con bolsillos laterales, una camisa de cuadros y un chaleco de fotógrafo. «Un hombre siempre viste con camisa», era la máxima de elegancia masculina de los Cervantes.

De inmediato, bajó a desayunar cargado de energía, con un apetito voraz y excitado por las novedades que le aguardaban tras el umbral de la jornada. Conforme salió al pasillo, que hedía a moqueta acarosa, pensó en las croquetas de jamón. Por desgracia, en Italia no existía semejante manjar de los dioses. Lo más parecido eran los sicilianos *arancino di riso*, una suerte de croquetas de risotto y queso fundido.

Cervantes suspiró y aceleró, inquieto por lo que encontraría en el bufé.

El hotel atesoraba una exquisita bodega y se sintió tentado de probar el primer Montepulciano del día, a ser posible añejado y acompañado de un pedazo de queso caciotta artesano. El Monte-

pulciano pasaba por ser uno de los vinos más antiguos del mundo, documentado alrededor del año 789 por un clérigo que ofreció una finca y un viñedo a la iglesia de San Silvestro de Lanciniano, y que fue citado por un tal Emanuele Repetti en un diccionario geográfico histórico de la Toscana unos siglos después. Todo esto lo sabía por la Wikipedia, una fuente dudosa, así que no estaba convencido.

A pesar de sus deseos, la disciplina se impuso. Cervantes se adentró en la cafetería del hotel con la sufrida decisión de consumir un solitario desayuno a base de fruta, cereales y yogur desnatado. El aroma del café le llenó de placer. Sonriendo para motivarse, se convenció de que el día se antojaba emocionante. Y contó las horas que faltaban para sentarse a almorzar con el párroco Magnelli. Seguro que el sacerdote era de buen comer.

Cervantes oteó alrededor y descubrió la máquina de café del autoservicio. Activó la visión de túnel y se apresuró en busca de un expreso doble. Detectó una pila de juegos de café, y fue hasta allí con una inquietud inexplicable, como si un suceso inevitable estuviera a punto de ocurrir. Estiró deprisa la mano derecha y agarró una taza por el asa.

Al mismo tiempo, unos dedos desconocidos sostuvieron el plato de cerámica de ese juego. El profesor rozó las yemas ajenas sin darse cuenta y, de pronto, un latigazo eléctrico le sacudió el cuerpo.

—¡Ay! —soltó.

—¡Oh! —exclamó Diana Pagano, que apartó la mano con un respingo.

Intercambiaron una insegura mirada, silenciosa, que duró una eternidad, hasta que se reconocieron.

—Rebosa usted energía.

—Buenos días, profesor —dijo la guía de la agencia de viajes.

Él tragó saliva. Ella se pasó la lengua por los labios.

—Sólo necesito la taza —murmuró Cervantes.

—Y yo el plato.

Se instaló entre ellos una sonrisa luminosa aunque incómoda. Al profesor le pareció que al mundo se filtraba una luz especial, como en las peores comedias románticas. Se frotó un ojo para deshacerse de una mota de polvo.

—Deprisita —gruñó alguien a su espalda.

Cervantes carraspeó, apartó los ojos y tomó la taza. Diana sostuvo el plato de café y desanduvo dos pasos con un movimiento rígido.

Ella rozaba los treinta años, lucía un cabello del color de la noche y tenía una licenciatura en Historia del Arte por la Sapienza de Roma. Según le relató el primer día de viaje —tras el educado interés de Cervantes—, trabajaba como guía porque no tenía otra opción. Tras un curso de doctorado sobre Arte Moderno había dejado la tesis a medias, desencantada con el machista sistema educativo y las pocas expectativas de futuro que albergaba. Los viejos profesores de la universidad italiana no dejaban su plaza ni muertos y ella no pensaba abandonar su tierra a causa de un empleo, por renombrado que fuera.

La primera razón era cierta, según demostró el hecho de que, tras la reciente defunción de un catedrático emérito de la Universidad de Turín, su plaza no se cubriera jamás por razones de presupuesto. La segunda era comprensible. Italia era un país bello, de clima agradable y con personas muy interesantes, como Cervantes podía comprobar.

Un sujeto no identificado avanzó entre ellos y, sin contemplaciones, se sirvió un café de la máquina. Cervantes suspiró.

—Ahora es cuando usted contesta buenos días —le dijo Diana.

—¿Eh?

—Buenos días.

—Buenos días.

Diana sonrió con dulzura, como una maestra a un niño díscolo.

—¿Ha dormido bien? —preguntó. Alzó el platillo de café frente a las narices cervantinas.

—De maravilla. —El profesor estiró la barbilla para ver sus ojos por encima del plato.

—Me alegro, tenemos un día duro por delante.

Hubo un comprometedor silencio. Cervantes jugueteó con la taza entre las manos. Diana cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro. Alguien se deslizó entre ellos, de puntillas, en busca de una dosis de cafeína.

—¿Cree que tendré tiempo de ver el *Sancta Sanctorum* en Roma? —salió el profesor por peteneras—. Es uno de los sitios que más interés tengo en visitar.

—¿Ah, sí? —Ella le miró de reojo, decepcionada—. Pues depende de la cantidad de líos en que se meta. Por cierto, a ver si hoy no me distrae al público con sus disparates.

El profesor sonrió y, sin darse cuenta, paseó la mirada por la silueta de Diana con platónica admiración, como si contemplara una obra de arte, con respeto. Acto seguido, Diana frunció el ceño, le mostró la espalda y se marchó con altivez renacentista.

Cervantes se quedó inmóvil, intrigado por las razones que ella tendría para semejante desaire. ¿Había sido indiscreto? Algo dolido, se sirvió un café doble y echó un vistazo alrededor en busca de un espacio libre en el que acomodarse para un solitario desayuno. Allí estaba el matrimonio alemán, engullendo pan con mantequilla en silencio. La familia japonesa con su habitual aire de desorientación. El intrigante ruso de mediana edad. La pareja francesa y el nutrido grupo de jubilados belgas.

Había sido muy estricto con la agencia. Viajaría solo y no quería ningún otro español a bordo.

De pronto, descubrió que el cabecilla de los belgas, un varón enjuto de mirada sospechosa, lanzaba una reprimenda a sus compatriotas. Semejante ardor llamó su atención, pues el jubilado era en extremo correcto, bien vestido y en apariencia pacífico.

Ignoraba sus motivos y por qué gesticulaba de aquella manera tan imperiosa, pero Cervantes se preocupó.

En el pequeño mundo de los viajes organizados, cualquier diminuta perturbación tiene un devastador efecto mariposa.